



LA REVISTA *CHE* (1960-1961). LA NUEVA IZQUIERDA ENTRE CUBA Y EL PERONISMO

MARÍA CRISTINA TORTTI¹

Con esta selección de textos de la revista *Che* se pone a disposición de los lectores un material hasta ahora poco transitado ² en los estudios sobre los orígenes de la “nueva izquierda” argentina. Nacida en los albores de la década del '60 por iniciativa de un grupo de jóvenes socialistas, la revista fue parte de un proyecto destinado a renovar y unificar a la izquierda, dotándola de una perspectiva revolucionaria y acercándola al peronismo combativo. En tal sentido, *Che* fue un espacio de articulación de discursos críticos, que provenientes de diversas tradiciones –y muchas veces en ruptura con ellas-, coincidían en reconocer que la revolución cubana había cambiado definitivamente la agenda de la política latinoamericana.

Concebida como instrumento para la intervención política, en sus páginas se dibuja el horizonte de expectativas que animaba a una nueva generación militante, decidida a escapar de la encerrona producida por el “histórico desencuentro” entre la izquierda y el movimiento popular: impugnar los ejes a partir de los cuales se desarrollaba la política desde 1955 y encontrar un camino propio para la revolución argentina, constituían su programa.

Los conflictivos años que siguieron a 1955 habían estado marcados por dos grandes debates entrelazados: uno se refería al rumbo que debía tomarse para sacar a la economía del “estancamiento” –y al país del “subdesarrollo”-, y el otro, al problema de la reincorporación del peronismo al juego político legal. Cuando en 1958, derrumbadas ya las esperanzas en la “desperonización” de los trabajadores, el gobierno de la “Revolución Libertadora” convocó a elecciones nacionales, Arturo Frondizi -el candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) -logró importantes apoyos para su candidatura al proponer una fórmula política en la cual la promesa del “desarrollo” iba

¹ Docente e investigadora en el Departamento de Sociología y el Centro de Investigaciones Socio- Históricas, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata.

² Esta antología, aunque fue preparada hace ya cierto tiempo, recién ahora puede ser publicada. Entre ambos momentos, la autora publicó “El ‘viejo’ Partido Socialista y los orígenes de la ‘nueva’ izquierda”, Prometeo, Buenos Aires, 2009, en el cual incluyó buena parte de los temas desarrollados en esta Introducción.

acompañada por el compromiso de “integrar al peronismo”³. Pero a la vez, con ese discurso Frondizi se ganaba la desconfianza de las FFAA (FFAA), que siempre lo acusarían de favorecer encubiertamente al peronismo.

A poco de haberse instalado en el gobierno, y pese a haber cumplido con algunos de sus compromisos, el nuevo presidente produjo un marcado viraje político que lo enemistó con el peronismo y con los sectores de izquierda que dentro y fuera de su partido habían contribuido a su triunfo. Pese a ello, las FFAA, convencidas de que el presidente traicionaba “los objetivos de la ‘Revolución Libertadora’”, no dejaron de someterlo a periódicas presiones para obligarlo a retroceder de sus iniciativas más progresistas. En ese contexto de persistencia de la proscripción y fuerte presencia del actor militar, se produciría una notable perversión de las reglas y procedimientos institucionales: encerrado en un “juego imposible”⁴, el sistema político contribuyó formidablemente al descrédito de las instituciones democráticas y al ahondamiento de la ya instalada fractura social y política.

Diversos autores han coincidido en señalar las profundas consecuencias políticas producidas por esta frustrante experiencia en diversos sectores sociales y en la emergencia de una nueva generación militante. En el caso de los sectores medios e intelectuales, una de las más significativas fue la apertura de lo que Carlos Altamirano denominó “situación revisionista” respecto del peronismo.⁵ Casi naturalmente se desencadenó una ola crítica hacia los Partidos Socialista y Comunista (PS y PC), a los que se acusó por el “fracaso histórico” de la izquierda argentina. Lo anterior se vería potenciado por el triunfo de la Revolución Cubana, que vendría a dar nuevos argumentos a los críticos y a reforzar la tesis de la incapacidad de los dirigentes socialistas y comunistas para comprender al movimiento popular.

Pero el malestar no era exclusivo del campo de la izquierda. Movimientos similares comenzaban a registrarse también en grupos provenientes de otras tradiciones políticas y político-culturales, tales como el nacionalismo, el catolicismo y el mismo “frondizismo”. En el peronismo, en tanto, mientras algunos dirigentes tendían a adecuarse a las políticas “integracionistas” de Frondizi, otros radicalizaban su práctica e izquierdizaban el discurso, ligando sus banderas históricas con

³ M. Cavarozzi, **Autoritarismo y democracia (1955-1996)**, Buenos Aires, Ariel, 1997; C. Smulovitz, “En busca de la fórmula perdida: Argentina 1955-1966”, Buenos Aires, **Documentos CEDES** n° 51, 1990; C. Altamirano, **Bajo el signo de las masas (1943-1973)**, Buenos Aires, Ariel, 2001.

⁴ G. O'Donnell, **Modernización y autoritarismo**, Buenos Aires, Paidós, 1972.

⁵ C. Atamirano, **Peronismo y cultura de izquierda**, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001. Ver también : O. Terán, **Nuestros años sesentas**, Buenos Aires, Puntosur, 1991, y S. Sigal, **Intelectuales y poder en la década del sesenta**, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

objetivos de corte socialista. En estos movimientos de revisión y crítica de principios de los sesenta es posible advertir el nacimiento de una “nueva izquierda”⁶, que en *Che* encontraría una temprana y paradigmática expresión.

1- Izquierda y “nueva izquierda”

Un importante capítulo de esa historia es el referido al ciclo de debates y rupturas que, por entonces, se produjeron en el ámbito de los dos principales partidos de la izquierda argentina. Si bien ambos -PS y PC-, tenían escasa relevancia en el juego político institucional y electoral, gozaban de considerable prestigio en los sectores medios y en sus capas intelectuales y profesionales. Aunque es sus filas que en sus filas nunca se habían acallado del todo los cuestionamientos hacia la posición asumida frente al peronismo, después de 1955 el impacto producido por la combatividad desarrollada por los trabajadores, reabrió el debate.

En esos sectores crecía la convicción de que la actitud asumida por los partidos de la izquierda en y desde 1945 era la manifestación más clara -aunque no la única- de la incapacidad de sus dirigencias para vincularse con la clase obrera y hacerse cargo de la “cuestión nacional”: para muchos militantes, el recuerdo de la Unión Democrática se volvía insoportable y reclamaba una profunda autocrítica y una no menos profunda rectificación de la línea política. Entonces, buena parte de la militancia, sobre todo la más joven, creyó llegado el momento de producir un encuentro con esa aguerrida masa, a la que consideraba “en disponibilidad”

Ello fue particularmente agudo en las filas socialistas en virtud de la actitud de colaboración asumida por la dirigencia frente al golpe de estado de 1955 y al papel cumplido por muchos afiliados -y sus “gremios democráticos”- en el hostigamiento al mayoritario sindicalismo peronista, fuertemente reprimido por los gobiernos militares. A mediados de 1958, el malestar que recorría al socialismo estalló en el congreso realizado en Rosario y culminó con su división en Partido Socialista en Democrático (PSD) y Partido Socialista Argentino (PSA). Mientras el primero, bajo la tradicional conducción de Américo Ghioldi, ratificaba su posición antiperonista, al segundo se integraron los sectores juveniles críticos y un conjunto de dirigentes “históricos” -Alfredo Palacios y Alicia Moreau, entre otros-, dispuestos a iniciar un proceso de renovación partidaria, movidos todos por la

⁶ El concepto de “nueva izquierda” intenta englobar al movimiento de protesta social y radicalización política desarrollado durante las décadas del sesenta y el setenta -más precisamente, a partir del derrocamiento del gobierno peronista en 1955-, ver M. C. Tortti, “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, A. Pucciarelli (e), **La primacía de la política. Lanusse, Perón y la nueva izquierda en tiempos del GAN**, Buenos Aires, Eudeba, 1999; y “La nueva izquierda en la historia reciente de la Argentina”, **Cuestiones de Sociología** n° 3, La Plata, UNLP, 2006.

esperanza de reconquistar a la clase obrera. Por su parte, el PC, si bien se había diferenciado del férreo antiperonismo de los socialistas, no pudo evitar los cuestionamientos. Pese a sus constantes llamados al “trabajo unitario” con el peronismo y a su activa participación en la creación de la Comisión Intersindical y de las “62 Organizaciones”-durante la “Revolución Libertadora”-, no había logrado reconducir a los trabajadores a sus filas.⁷

Cuando se anunció el llamado a elecciones presidenciales de 1958, los comunistas, como gran parte de la opinión de izquierda y el peronismo, se volcaron en favor del candidato de la UCRI y de su programa “nacional y popular”. El PC se entusiasmó con Frondizi porque encontraba importantes coincidencias entre el proyecto de la UCRI y su propia propuesta programática para la “etapa nacional y democrática” –a la que consideraba previa a cualquier intento de construir el socialismo.⁸ En cambio los socialistas, que aún no se habían dividido, concurrieron con su propia fórmula “Alfredo Palacios- Carlos Sánchez Viamonte” -aunque el discurso frondizista no dejó de despertar ciertas expectativas en algunos de sus sectores más jóvenes.⁹

Producido el viraje de Frondizi, muchos en la izquierda comenzaron a descreer de la posibilidad de realizar la “revolución democrática” y de contar para ello con sectores de la “burguesía nacional”: la “traición” de Frondizi demostraba el error insalvable de la línea política sostenida por los comunistas: comenzaron entonces un sostenido viraje hacia posiciones más radicales, alentados por el auge de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo y en particular por la Revolución Cubana.

Por otra parte, muchos jóvenes comunistas y socialistas -así como otros no encuadrados en esos partidos- comenzaban a tener contacto directo con la experiencia cubana, a partir de su participación en brigadas de apoyo y en grupos que viajaban a la isla para hacer trabajo voluntario. Mientras que en los respectivos partidos, y pese a las declaraciones de solidaridad, las posiciones respecto de Cuba solían ser más bien cautelosas, en esos ámbitos juveniles crecía la convicción de que era posible hallar una fórmula que permitiera iniciar el proceso revolucionario en la Argentina. La experiencia cubana les mostraba, no sólo que la revolución era posible, sino además que el camino pasaba por una creativa y poco “ortodoxa” unidad de las izquierdas con el movimiento popular. De

⁷ M. Cavarozzi, “Sindicatos y política en Argentina, 1955-1958”, Buenos Aires, **Estudios CEDES** n° 1; D. James, **Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera argentina. 1946-1976**, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; ,

⁸ M. C. Tortti, “Izquierda y nueva izquierda en Argentina. El caso del Partido Comunista”, **Sociohistórica/Cuadernos del CISH** n° 6, La Plata, UNLP, 2000.

⁹ C. Blanco, “Los jóvenes del Partido Socialista: crisis de identidad y debate de ideas en el escenario posperonista (1955-1956)”, **Cuestiones de Sociología** n° 3, La Plata, UNLP, 2006.

esa manera, el entusiasmo pro-cubano potenció el malestar que ya existía en esos partidos respecto de sus dirigentes e impulsó a nuevas búsquedas.

En las filas del Socialismo Argentino este debate se manifestó tempranamente y de manera abierta, como continuación casi natural de los conflictos que habían llevado a la división partidaria en 1958. Es que en el PSA –pese a haber roto con el “ghioldismo”- convivían jóvenes izquierdizados con grupos de orientación más moderada; la tensión interna que siempre lo había acompañado estallaría a mediados de 1961, en una nueva división de la que nacería el radicalizado Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) –uno de los primeros partidos de la “nueva izquierda”.¹⁰

En el PC en cambio, el monolitismo de la organización y la férrea disciplina impuesta por su dirección, hicieron que el debate, en lugar de manifestarse abiertamente, discurriera por canales subterráneos. Sobre todo en los “frentes” cultural y universitario, algunos grupos comenzaron a contactarse de manera clandestina y a trazar planes tendientes a producir una renovación que dotara al partido de una estrategia revolucionaria; además, y con frecuencia, mantenían contacto con otros grupos -socialistas, ex -frondizistas, peronistas-, también en proceso de radicalización y/ o ruptura con sus propias organizaciones. Si bien durante los primeros sesenta el PC evitó la división, el disconformismo comenzó a traducirse en un apreciable desgranamiento de su militancia más joven, tal como ocurriría a partir de 1962-63 con los grupos de *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*, o con Vanguardia Revolucionaria y los “grupos de apoyo urbano” al Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), instalado por Jorge R. Masetti en Salta y vinculado a la estrategia continental del Ernesto Guevara.¹¹

2- *Che*: una revista de la “nueva izquierda”

Pero antes de que esto ocurriera, aún en pleno período frondizista, se desarrollaron algunas experiencias que resultan ilustrativas del clima que se vivía en algunos ámbitos del socialismo y el comunismo, y del cambio de óptica desde el cual se analizaba la situación nacional y latinoamericana. Una de esas experiencias fue la desarrollada por la revista *Che*, en los veintisiete números publicados entre octubre de 1960 y noviembre de 1961.

La revista nació por iniciativa del grupo que comandaba el ala izquierda del PSA, cuyo proyecto apuntaba a trabajar por la construcción de un nuevo movimiento político en el que las

¹⁰ M. C. Tortti, *El ‘viejo’ Partido Socialista y los orígenes de la ‘nueva’ izquierda*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

¹¹ N. Kohan, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos, 2000; R. Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

izquierdas y el peronismo se unificaran, desde una perspectiva revolucionaria. Conciente de que la izquierda había perdido muchas de sus certezas, el propósito de *Che* apuntaba a “crear un área de acuerdos para los debates”; en tal sentido, *Che* supo reunir a intelectuales de diversos orígenes políticos con el objetivo de incidir tanto en la reorientación y reagrupamiento de la izquierda argentina como en el desarrollo revolucionario del peronismo, esperanza que era compartida entre otros por John W. Cooke –por entonces en Cuba, y con quien los editores mantenían fluido contacto.

12

Del grupo original, y del primer cuerpo de redactores, participaban Pablo Giussani (director), Franco Moggi (secretario de redacción), Alexis Latendorf, Julia Constenla, Hugo Gambini, Oscar Goutman, Enrique Hidalgo, Ricardo Monner Sans, Susana Lugones (“Piri”), Carlos Barbé, David Viñas, Francisco Urondo, Alberto Ciria, Víctor Torres, entre otros. Además, desde Cuba solía escribir Rodolfo Walsh –integrante, por entonces, de la Agencia Prensa Latina-, y entre quienes hacían el humor gráfico figuraban “Copi” –Raúl Damonte-, “Quino” –Joaquín Lavado- y “Gius” –Eduardo Galeano.

Con el fin de mantener la independencia del proyecto respecto de las vicisitudes de la vida partidaria, los socialistas que conformaban el primer grupo editor se hicieron cargo del financiamiento de la revista, lo cual en más de una ocasión los enfrentó con serias dificultades económicas, como las que en noviembre de 1960 obligaron a interrumpir por dos meses la publicación.¹³

Con notable apertura política, *Che* ofrecía con frecuencia sus páginas a personalidades tan diversas como el sacerdote Hernán Benítez, el dirigente radical Santiago del Castillo, el escritor Ernesto Sábato, o a figuras del cine, el teatro y el deporte – Fernando Birri, Tita Merello, Pascual Pérez-, tal como lo muestran la sección “Nuestra Columna Ajena” o las numerosas entrevistas realizadas.¹⁴ Combinando un discurso radical con una propuesta cultural y periodísticamente avanzada, la revista logró penetrar en muy variados ambientes y, según testimonios, llegó a “tirar” alrededor de 20.000 ejemplares que eran vendidos en los puestos callejeros, junto con el resto de la prensa.¹⁵ Según uno de sus inspiradores, Abel Alexis Latendorf, *Che* aspiraba a “llegar al progresismo” que por entonces, según sus palabras, incluía a “gran parte de la juventud universitaria y

¹² Entrevista de la autora a Julia Constenla, 2002.

¹³ Entrevistas de la autora a Julia Constenla y a Abel Alexis Latendorf, ambas realizadas en 2000. Los entrevistados recuerdan que en una ocasión, Pablo Giussani hipotecó –y luego perdió- su casa con el fin de reunir los fondos necesarios para continuar la publicación de *Che*. Por otra parte, en varios números se hace mención del tema y se pide colaboración económica a los lectores (suscripciones u otras iniciativas que ayudaran al sostenimiento de la revista, ver *Che* n° 9 (9-3-61) y n° 23 (22-9-1).

¹⁴ A modo de ejemplo: “Reportaje al Padre Hernán Benítez”, *Che* n° 1 (4-10-60); cine, así es una herramienta inútil”, *Che* n° 2; “Habla para Che Santiago del Castillo”, *Che* n° 11 (6-4-61).

de la intelectualidad, y a los sectores más esclarecidos del sindicalismo”. Entre las publicaciones político- culturales de la época, *Che* se destaca también por el carácter atractivo de su gráfica y por las innovaciones que introdujo en la generalmente circunspecta prensa política: tapas y titulares impactantes que suelen actuar como “editoriales”, inclusión del humor, la ironía y los juegos de palabras en las notas, mensajes a sus lectores y la inclusión de una curiosa sección -“La Quinta Columna”- en la que los redactores ventilan pequeñas y cotidianas dificultades y entredichos.

Durante su primer ciclo –seis números-, *Che* fue pródiga en la realización de encuestas y entrevistas a intelectuales y dirigentes políticos y sindicales, de modo que sus páginas presentan un exhaustivo relevamiento de opiniones y permiten entrever por dónde pasaba la línea de lo que su director consideraba el “sentido nacional y latinoamericano” de la política. La presencia permanente y abundante de notas referidas a los procesos de descolonización –sobre todo los de Argelia y el Congo- y a la Revolución Cubana, ilustran sobre una perspectiva que ligaba antiimperialismo y liberación nacional con revolución social, y permiten identificar las cuestiones a partir de las cuales la revista podía mantener cierto nivel de diálogo con sectores del nacionalismo, y a la vez, diferenciarse de sus versiones más tradicionalistas.¹⁶ Por otra parte, el eje “liberación nacional- liberación social” oficiaba de parteaguas dentro del mismo campo de la izquierda y permitía expresar desde un extremo repudio al “gorilismo” al PSD hasta la crítica a la línea comunista de revolución “democrático-burguesa”, y desde la denuncia del peronismo “integracionista” hasta el rechazo de toda política que diciéndose de izquierda se mantuviera apegada a las formas de la “democracia liberal”.

Ya desde los primeros números se advierte cómo el juicio notablemente duro para con la política -tal como era practicada por el gobierno, los partidos “democráticos” y los “factores de poder”- se engarza con una crítica más general al “sistema” -el “régimen”. Una y otra vez se muestra que, una vez abandonados por Frondizi los objetivos de su “Programa del 23 de Febrero”, la política no había hecho más que envilecerse reduciéndose a un mero juego de intrigas, destinado a retener el poder y a diseñar estrategias espurias apuntadas a captar o desactivar al peronismo, mediante las mil fórmulas del “integracionismo”. En tal sentido, podría decirse que la de *Che* fue una mirada desde la izquierda del “juego imposible” en el que estaba encerrada la política argentina.

¹⁵ En *Che* n° 14 (17-5-61) se afirma que la revista pasó de 32.000 a 60.000 ejemplares. Los entrevistados antes citados concuerdan en afirmar que *Che* tenía lectores incluso entre quienes se preparaban para el sacerdocio en el Seminario de Villa Devoto.

¹⁶ En el n° 0 de *Che* (12-7-60), Giussani afirma que el lema de la revista será “la verdad detrás de los hechos”, porque aspira a “cumplir una misión informática, normalmente trabada por intereses económicos o políticos”. Insiste en que la revista es económicamente “independiente”, que no responde a ningún partido político y que “el único contenido político de *Che* es su sentido nacional”. El tono nacional y antiimperialista de la revista le permitió mantener cierto vínculo con algunos autores del “nacionalismo popular”, que se expresaban en el periódico *El Popular*.

En esta etapa, ocuparon un lugar especial las notas que daban cuenta de la “decepción” de la juventud de la UCRI ante el curso tomado por el gobierno, tanto en lo referente a la política económica como a la aceptación del papel “co-gobernante” de las FFAA. En sus columnas de análisis político, Carlos Barbé -miembro del consejo de redacción y ex dirigente universitario de la UCRI-, desnuda los “pactos secretos” a través de los cuales Frondizi habría accedido a la Presidencia: pactos con los intereses petroleros, con los EEUU –respecto de la política para América Latina-, con la Iglesia, con Perón, y también con el general Aramburu -que actuaría como garante de cierta moderación en las FFAA, frente a los sectores más recalcitrantemente antiperonistas y golpistas.¹⁷ Además de los artículos de Barbé, muchas otras notas siguen con atención los efectos del cimbronazo producido en la UCRI por el cambio de rumbo del Presidente, incluyendo el itinerario de los grupos disidentes, tanto el de los nueve diputados que se apartaron para crear el Movimiento Nacional y Popular (MNYP), como el de los grupos intelectuales y juveniles que viraban hacia posiciones claramente izquierdistas y que, liderados por Ismael Viñas, poco más adelante darían origen a otro grupo de la “nueva izquierda”, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN).¹⁸

El otro gran tema de *Che* en este período es el referido al papel de los militares, que erigidos en “custodios de los objetivos de la Revolución”, sometían al gobierno a continua vigilancia y control; *Che* observaba que las presiones y planteos periódicamente sufridos por Frondizi, eran el efecto más paradigmático del ejercicio de ese “rol vigilador” que, por otra parte, no hacía sino fraccionar internamente a las FFAA. Al respecto, la revista señalaba que dentro de ellas, diversos grupos disputaban acerca de cómo habría de ser ejercida la función que se habían autoadjudicado: en el caso del Ejército, el enfrentamiento se daría entre los “gorilas ortodoxos” –intransigentemente antiperonistas, como el Comandante Federico Toranzo Montero-, los “gorilas moderados” -o “monitos”, adscriptos a “cierto legalismo”-, y la más difusa tendencia del “grupo Córdoba” –a veces considerada “nasserista” o “gaullista”. Sin embargo, *Che* afirmaba que más allá del rompecabezas de su interna, los militares encontraban un punto de unidad en la desconfianza hacia Frondizi y en el temor a la potencial confluencia entre la “impopularidad del gobierno y el ejemplo cubano”; y que si bien todas las fracciones castrenses se unificaban en ese acuerdo básico, las diferencias no carecían de importancia ya que los “gorilas ortodoxos” estaban vinculados a una especie de “internacional de

¹⁷ C. Barbé, “El frondizazo. Una técnica?”, *Che* n° 2 (11-10-60).

¹⁸ Los grupos que se apartaron de la UCRI por disidencias con el giro político de Frondizi, en muchos casos fueron objeto de disputa entre socialistas y comunistas; algunos participaron de la formación de “partidos amigos” del PC –según la expresión de Isidoro Gilbert (entrevista de la autora, 2002); el PC veía en ellos una expresión política de la “burguesía nacional”; otros, los dirigidos por I. Viñas, evolucionaron hacia posiciones más radicalizadas.

la seguridad” -organizada por el Pentágono y por la oficialidad francesa que combatió en Argelia-:en el contexto de la “guerra fría”, ellos eran los principales impulsores de las periódicas amenazas de golpe contra Frondizi. Ante semejante acoso, el Presidente se protegía apelando al respaldo de la Administración Kennedy -y su línea más “blanda” hacia América Latina-, y en lo interno, recurriendo al apoyo del “legalista” general Aramburu que, aunque retirado, conservaba importante ascendiente en los medios militares.¹⁹

Cuando después del n° 6, los problemas financieros del grupo socialista hicieron que *Che* interrumpiera su publicación, el PC manifestó interés por participar en la revista, aportando fondos e incorporando a algunos de sus militantes al grupo editor. De esta manera ingresaron Juan C. Portantiero e Isidoro Gilbert -por entonces corresponsal de la Agencia Checoslovaca de Noticias-. A partir del n° 7, cuando *Che* vuelve a editarse, será ya un proyecto compartido entre socialistas y comunistas: aunque el hecho nunca fue explicitado en las páginas de la revista, a partir del n° 10, Portantiero es mencionado como miembro de la redacción.²⁰

La responsabilidad política por parte del grupo comunista era ejercida por Héctor P. Agosti, responsable a su vez del “frente cultural” del PC. En ese sector del comunismo argentino existía una actitud considerablemente más abierta -desde el punto de vista intelectual y político- que en el resto de los organismos partidarios, y muchos jóvenes militantes encontraban en Agosti a un estimulante interlocutor.²¹ Así mientras los principales dirigentes del PC desechaban como “verbalismo revolucionario” a todo aquello que cuestionara su ortodoxia, el núcleo que rodeaba a Agosti observaba con interés los debates y reagrupamientos políticos que se estaban produciendo en la izquierda, y en particular los que se desarrollaban en el “ala izquierda” del PSA. Este matiz diferencial dentro del comunismo argentino puede apreciarse en la edición n° 50 de su revista

¹⁹ C. Barbé, “Hay que poner un senador en órbita”, *Che* n° 4 (25-10-60), y “Cuando Frondizi va a misa”, *Che* n° 5 (1-11-60). La línea “nasserista” se caracterizaba por oponerse al gobierno desde posiciones propias del nacionalismo económico, ver R. Potash, **El Ejército y la política en la Argentina.1945-1962**, Tomo II, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, y A. Rouquié, **Poder militar y sociedad política en la Argentina**, Tomo II, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

²⁰ J.C. Portantiero (entrevista de la autora, 1998) y J. Constenla (entrevista realizada en 2007) se refieren al tema. La primera señala, que el grupo "original" evitó que el aporte comunista fuera superior al capital aportado por los socialistas con el fin de eludir una eventual supremacía del PC en la revista. Agrega que, en cierto momento y pese al aporte comunista, *Che* volvió a tener problemas financieros y que entonces, el grupo socialista recibió ayuda económica de parte de un funcionario de la embajada soviética en Buenos Aires -hecho que no fue conocido por el PC ni por sus militantes que participaban de la revista. Dicha ayuda se explicaría, según la entrevistada, por el hecho de que por entonces “el PSA despertaba mucho interés en los medios de izquierda, y porque además los soviéticos solían diversificar sus apuestas políticas”.

²¹ Opinión reiterada por muchos militantes y ex -militantes que trabajaron con él, entre ellos José Aricó -en diversos reportajes- y J. C. Portantiero (entrevista citada).

Cuadernos de Cultura, comparando los artículos de Ernesto Giúdice y Juan Carlos Portantiero: mientras el primero es fuertemente condenatorio hacia la “neoizquierda”, el segundo sin abandonar totalmente la línea partidaria, aparece cruzado por expectativas favorables del autor ante el entusiasmo político que observa en el campo de la izquierda, particularmente entre los socialistas argentinos y los ex-frondizistas radicalizados.²²

Según Alexis Latendorf, el apoyo que el PC brindó a *Che* habría sido parte de una estrategia política de los comunistas “ante el espectacular crecimiento” que en muy poco tiempo había experimentado el PSA.²³ De acuerdo con este testimonio, la relación entre el grupo socialista y el PC “era cordial”, aunque nunca habría sido “demasiado buena, salvo con Agosti, una excepción dentro de ese partido”. De todos modos ambos grupos -que convivían conflictivamente dentro de sus respectivos partidos-, intentaron construir una perspectiva política común y convirtieron a *Che* en un espacio emblemático tanto de las posibilidades como de las dificultades que entrañaba el diseño de una estrategia revolucionaria en la Argentina, aún antes de que el tema de la lucha armada monopolizara los debates.

3- Los temas y las apuestas de *Che*

Si algo caracteriza a *Che* es su tono marcadamente “cubanista” y antimperialista así como el estilo osado y desafiante con que analiza la situación nacional e internacional y enfrenta a la dirigencia política -incluida la de la izquierda. Hay en sus páginas una persistente denuncia de las “traiciones” del frondizismo y de su tensa connivencia con los “factores de poder”, de la política económica -en particular la petrolera- y del acelerado deslizamiento represivo del gobierno.

Extensas notas hacen la crónica de la conflictividad social en el interior del país, particularmente en Tucumán, donde la situación de cañeros y obreros es presentada como contracara de la reforma agraria cubana.²⁴ El espacio dedicado al movimiento huelguístico -sobre todo el protagonizado por los obreros ferroviarios- va de la mano del atento seguimiento de las disputas entre “conciliadores” y “duros” en el sindicalismo peronista, emblematizados en las figura de Eleuterio

²² E. Giúdice, “Neocapitalismo, neosocialismo y neomarxismo”, y J. C. Portantiero, “Algunas variantes de la neoizquierda”, en **Cuadernos de Cultura** n° 50, diciembre de 1960.

²³ A. A. Latendorf (entrevista citada). Por su parte, Elisa Rando (entrevista de la autora, 2001), “el frondizismo y el socialismo eran lo más dinámico de la época”, y que la afluencia de jóvenes al PSA fue parte del “fenómeno cubano, que estaba en el socialismo y en la sociedad”.

²⁴ J. Maciel, “Huracán sobre el azúcar tucumano”, *Che* n° 16 (16-6-61); J. Maciel, “Pequeña crónica de la Marcha del Hambre”, *Che* n° 17 (29-6-61); J. S. Vapñarsky, “Cuba con ojos de cañero tucumano”, *Che* n° 23 (22-9-61).

Cardoso por un lado, y las de Sebastián Borro y Jorge Di Pascuale, por otro²⁵. A la vez, la línea de los “duros” es el hilo que les permite seguir la situación interna del peronismo y tomar posición por aquellos con quienes, teniendo ya importantes coincidencias, esperan converger en un gran movimiento político “popular y revolucionario”.

Por otra parte, la presencia permanente de artículos referidos a los movimientos de liberación nacional y a los procesos revolucionarios en curso en América Latina, Asia y África, son expresivos del horizonte dentro del cual se inscribe *Che*. Sin embargo, y pese a considerar que con Cuba había comenzado un ciclo revolucionario en América Latina, la revista no propugna la adopción lisa y llana de su estrategia: por el contrario, su perspectiva insurreccionalista toma muy en cuenta las peculiaridades del desarrollo económico argentino y la importancia de su movimiento obrero.²⁶

La izquierda y el “electorado vacante”

Entre los varios ejes que pueden seguirse para entender el proyecto y las apuestas del grupo que hacía *Che*, resulta especialmente interesante el seguimiento del proceso vivido en torno a la candidatura y elección de Alfredo Palacios como senador por la Capital. Este episodio permite apreciar, por un lado, la convicción de que si se ofrecía una opción adecuada, era posible volcar hacia la izquierda al proscrito electorado peronista, y por otro, que dentro de una estrategia revolucionaria no debía desdeñarse el recurso electoral, sobre todo en un país que como la Argentina, contaba con un poderoso movimiento de masas.

En tal sentido, y sobre el fondo de la agitación obrera, la represión gubernamental y la avalancha del voto en blanco que se había producido en los comicios de marzo de 1960 –y que selló la ruptura del peronismo con Frondizi-²⁷, la revista trabajará intensamente en vistas a las próximas elecciones para elegir un senador por la Capital Federal, en febrero de 1961. Ya en los últimos números del año anterior, *Che* discutía abiertamente sobre eventuales candidaturas, con especial

²⁵ *Che* n° 7 (2-5-61); 9 (9-3-61); 13 (5-5-61); 22 (8-9-61); 24 (7-10-61); 25 (20-10-61). Se trata de dirigentes estaban al frente de los combativos gremios que protagonizaron el pico huelguístico de 1959, con su secuela de despidos, “listas negras” y persecuciones: J. Di Pascuale pertenecía al gremio de farmacia, A. Framini al textil, y S. Borro al gremio de la carne –que, en enero de ese año había protagonizado la “toma” del Frigorífico “Lisandro de la Torre”, ver E. Salas, **La resistencia peronista**, Buenos Aires, Altamira, 2006.

²⁶ A. A. Latendorf (entrevista citada) afirma que ellos pensaban que debían atenderse las peculiaridades de la sociedad argentina, lo cual implicaba aceptar la “inevitabilidad” de que la revolución atravesara “una etapa de alianza con el peronismo y con el movimiento sindical”; y que ésa era la manera en que la izquierda socialista entendía la consigna del “frente obrero”.

²⁷ En esas elecciones de renovación legislativa, el voto en blanco alcanzó al 24, 7% y el de la UCRP el 24,3%, mientras que el partido de gobierno – UCRI- obtuvo el 21 % (porcentajes elaborados a partir de datos publicados por *La Nación*, 31-3-60).

atención sobre aquellas que desde el conservadurismo o el nacionalismo intentarían captar el codiciado voto peronista; en tal sentido, con frecuencia menciona los nombres de Vicente Solano Lima y Atilio Bramuglia como posibles candidatos de la derecha peronista, y además se embarca en un áspero intercambio de cartas con Arturo Jauretche, quien desde un nacionalismo popular cercano al “desarrollismo”, también había lanzado su candidatura.²⁸ .

Quienes hacían la revista creían que era posible enfrentar unificadamente a la “derecha” utilizando la estructura legal del PSA y presentando un candidato socialista que, a la vez, pudiera concitar apoyos extrapartidarios y captar al “electorado vacante” -peronistas y comunistas. Consideraban que esa elección podía ser el punto de partida para un nuevo “nucleamiento popular” que, además, funcionaría como un “test” de la política nacional: al gobierno le mostraría el total descrédito en que había caído, y a Perón que su Movimiento se estaba orientando claramente hacia la izquierda.²⁹ .

Así es como, cuando *Che* vuelve a aparecer en febrero de 1961 -ya con participación comunista-, sus páginas están totalmente lanzadas a hacer campaña por Palacios, candidato por el PSA. La foto del viejo dirigente ocupa la tapa del n° 7, anunciando el extenso reportaje en el que el candidato exalta a Cuba por su política antiimperialista y revolucionaria, y señala a la reforma la reforma agraria como el camino inevitable para todo país que aspire a superar el “subdesarrollo”. En la misma entrevista, Palacios se refiere al gobierno de Frondizi como lo opuesto a una verdadera política “nacional”, e insiste en la necesidad de rescindir los contratos petroleros recientemente firmados con empresas extranjeras.³⁰ Con argumentos similares, en el mismo número de *Che*, el dirigente comunista Rodolfo Ghioldi explicita las razones por las cuales su partido ha decidido apoyar al candidato del socialismo, destacando sobre todo el compromiso de Palacios con “la sagrada causa de la revolución cubana”.³¹

En cuanto al panorama existente en el peronismo -elemento clave en la compulsa electoral que se avecina-, *Che* lo presenta como confuso y bordeando los riesgos de la fractura por cuanto, mientras las “62 Organizaciones” -los “duros”- parecían inclinarse por el voto en blanco, Perón estaría

²⁸ La discusión se generó a partir de un comentario de A. Jauretche en el periódico *El Popular*; en él, refiriéndose al reciente viaje de Palacios a Cuba dijo, burlescamente, que el veterano dirigente se estaba poniendo a tono con “una juventud que se ‘desfubiza’”. *Che* contestó en su n° 4 (25-10-61) y en la sección “Carta de los Lectores” del n° 5 (1-11-60).

²⁹ C. Barbé, “Hay que poner un senador en órbita”, *Che* n° 4 (25-10-60).

³⁰ “Candidatos al natural. Alfredo Palacios, volver a empezar”, *Che* n° 7 (2-2-61).

³¹ R. Ghioldi, “Votar por una voz a favor de Cuba”, *Che* n° 7 (2-2-61). En esas elecciones, el PC no apoyó al candidato a diputado por el PSA; para ese cargo votó al candidato del Movimiento Popular Argentino, A. Borthagaray -un disidente de la UCRI.

ordenando apoyar al candidato del “neoperonista” Resistencia Popular -Raúl Damonte Taborda, sospechado de “entendimiento” con el frondizismo-, a la vez que Arturo Jauretche se postulaba a través del Laborismo. La perspectiva de *Che* queda sintetizada en el titular de ese mismo n° 7 con la frase “El peronismo: una encrucijada”³²: resulta evidente que en la resolución de esa encrucijada, se cifraban las esperanzas de quienes hacían la revista y esperaban captar el voto peronista.

Según testimonios actuales de algunos ex -integrantes del staff de *Che*, dirigentes sindicales como Di Pascuale y Borro –ceranos a ellos- habrían sido fundamentales en el “volcado” de una porción importante del voto peronista hacia el Socialismo Argentino, posibilitando así el triunfo de Palacios. Esos mismos testimonios hacen notar que en aquel momento -y para el proyecto político que *Che* impulsaba-, Palacios era el único candidato posible pues aunaba considerable prestigio propio en los sectores populares y compromiso con la Revolución Cubana.³³ Sin embargo a ellos -“los jóvenes iracundos”- su figura no dejaba de despertarles cierta desconfianza, en virtud de su cercanía con los sectores moderados del PSA y de su apego a las formas parlamentarias de la política.³⁴

El triunfo de Palacios: “Argentina rumbo a la izquierda”

Como signo del clima que envolvía al grupo, el número posterior al triunfo de Palacios en la Capital llevó en su portada el título de la nota central “Cuba plebiscitada en Buenos Aires” -escrita por Alexis Latendorf-, junto con un enorme retrato de Fidel Castro. Convencidos de que la posición ante la Revolución Cubana había pasado a ser una línea divisoria en la política nacional, la gente de *Che* leyó los votos a Palacios como votos para un “programa revolucionario”.³⁵ Sin embargo, ese mismo número contenía una señal de alerta: a modo de advertencia al flamante senador, David Viñas escribía una nota con el título “Cuidado con los caballeros, Dr. Palacios”.³⁶

³² *Che* n° 7 (2-2-61).

³³ Esto es lo que en general sostienen hoy los entrevistados. Sin embargo, Elisa Rando (entrevista citada), relativiza la importancia de los acuerdos con dirigentes peronistas. En su opinión, la sola combinación de la proscripción del peronismo con el prestigio de la figura de Palacios en los sectores obreros, alcanzaba para que el candidato triunfara.

³⁴ J. Constenla (entrevista citada), se refiere a las diferencias que existían en el PSA, entre ellos -los “jóvenes iracundos”- y los dirigentes más “viejos” -A. Palacios, A. Moreau de Justo, Carlos Sánchez Viamonte, entre otros. Con tono autocrítico, reflexiona acerca de la “extremada dureza” con que ellos trataron a aquellos “viejos y honestos socialistas”, en contraste con la “flexibilidad” que tuvieron hacia las cambiantes posiciones del peronismo.

³⁵ A. A. Latendorf, “Cuba plebiscitada en Buenos Aires”, *Che* n° 8 (17-2-61). Los comicios arrojaron los siguientes resultados: PSA, 21,63 %; UCRP, 21,13%; UCRI, 17 %; en blanco, 15 %; el resto se distribuyó entre partidos menores, entre los que se encontraban los “neoperonistas” Resistencia Popular, Laborismo y Unión Popular. Por el Dr. Palacios se habían manifestado públicamente, además del PSA, el PC, el Movimiento Popular Argentino (pequeño partido apoyado por el PC, e integrado por disidentes de la UCRI) y diversos grupos estudiantiles.

³⁶ D. Viñas, “Cuidado con los caballeros, Dr. Palacios”, *Che* n° 8 (17-2-61).

Si bien el triunfo había sido ajustado -el PSA apenas superó al Radicalismo del Pueblo-, fue vivido como una gran victoria por toda la izquierda. *Che* destacó el carácter multitudinario de las manifestaciones que en la Capital celebraron el triunfo vitoreando al flamante senador, a Fidel Castro y al líder congoleño Patrice Lumumba -recientemente asesinado.³⁷ El entusiasmo se debía, sobre todo, al caudal obtenido en las circunscripciones de fuerte composición obrera y al hecho de que en varias de ellas el retroceso del voto en blanco -que de todos modos fue importante- se correspondía con un aumento del voto al PSA, tal como ocurrió en Mataderos. Pero también a que, según se pensaba, Palacios había atraído a franjas progresistas provenientes de los “partidos burgueses” - ambos radicalismos habían sufrido una reducción en su caudal electoral.³⁸

Resulta claro que, quienes comparten el proyecto de *Che*, miran atentamente hacia las bases y cuadros medios del sindicalismo y hacia la “línea dura” del peronismo, a quienes con frecuencia abren sus páginas, dedicando tapas o extensas entrevistas, como la realizada a Juan Alberto Burgos -“preso conintes”. En *Che* se piensa que esos sectores del peronismo marchan hacia una situación de “orfandad política”, por cuanto sus actuales dirigencias ya no se encontrarían a la altura de la conciencia y combatividad por ellos alcanzada. El contenido “netamente clasista” del voto de febrero mostraba que ya habían comenzado a madurar las condiciones que permitirían concretar su unidad con la izquierda, y que “en los hechos”, el “frente” de todos los sectores populares ya se había constituido.

Machaconamente la revista insistía en que la izquierda argentina debía prevenirse de los peligros del sectarismo que históricamente la habían llevado al aislamiento. Más aún, que necesitaba librarse de los “vicios de la izquierda liberal”, para así poder encarar la construcción de un “Movimiento de Liberación” que, siguiendo el ejemplo de Cuba, fuera capaz de hacerse cargo de la “idiosincracia del pueblo”.

En “Más allá de la euforia”, Carlos Barbé afirmaba que el significado principal de ese triunfo se encontraba en que “por encima del hartazgo que provoca este simulacro de democracia”, estaba tomando cuerpo en el país un nucleamiento de izquierda que comenzaba a canalizar a los sectores populares. Y, en clara advertencia a los partidos que habían apoyado la candidatura de Palacios,

³⁷ Por esos días la prensa destacaba el fervor pro-cubano y la numerosa concurrencia a los actos y manifestaciones del socialismo argentino; también llamó la atención sobre algunas de sus consignas: “Fron diza al paredón”, “Obreros y estudiantes unidos adelante”, “En Cuba los barbudos y aquí los bigotudos”, *La Nación* 4-2-61 y 5-2-61.

³⁸ Según datos del diario *La Nación* del 2-2-61 y 14-2-61, el PSA había pasado del 8,7%, en las elecciones de 1960 al 21,63% en éstas, mientras que el voto en blanco había disminuido del 22,1% al 15% .

llamaba a superar la tentación de leer el éxito en clave exclusivamente “partidista”, y a abocarse a la tarea de unificar sus fuerzas en un “verdadero frente”.³⁹

Mirado desde el punto de vista de las disputas que atravesaban al PSA, se advierte que la victoria electoral fue leída por la izquierda socialista como un triunfo de su propia línea. Así, las notas de *Che* comienzan a dibujar el perfil del partido según sus propios términos: proclaman que el Socialismo Argentino ha entrado en una etapa de “abierto enfrentamiento con el sistema”, de decidida “solidaridad con la Revolución Cubana”, y de clara “predisposición para el encuentro con los sectores proscritos”, es decir con peronistas y comunistas.

Pese a que no era expresión oficial de ninguno de los dos partidos, las posiciones sustentadas por *Che* eran observadas con atención y preocupación por las respectivas conducciones y por sus sectores más tradicionales. Así por ejemplo, frente a tanto entusiasmo izquierdista, el PC marcó su postura en dos breves notas que Ernesto Giúdice publicó en la revista. En ellas, después de festejar el triunfo de Palacios, este importante dirigente les dice a los jóvenes de *Che* que la “unidad de comunistas y socialistas no debería ser reducida a un frente de las izquierdas”, sino que tendría que ser situada en un marco más amplio, capaz de incluir tanto a peronistas y radicales desencantados como a sectores “progresistas” de la “burguesía nacional”, y que el PC deseaba que la revista fuera un “vehículo” eficaz para esa unidad.⁴⁰ Es que *Che* con su tono de enjuiciamiento permanente a la trayectoria de la izquierda en el país, su lenguaje osado y su insistencia en instalar a Cuba en el centro de la política nacional, estaba anticipando tiempos de ruptura. En tal sentido puede leerse la mencionada “advertencia” que Viñas había dirigido a Palacios, aún antes de que asumiera como senador, recomendándole que al entrar al parlamento no se dejara rodear por los personajes de la derecha; según Viñas, ellos tratarían de separarlo de la “corriente histórica” que lo había hecho senador, halándolo como “mero defensor de la democracia”: “los caballeros saludarán en Ud. las formas y las instituciones vacías que los protegen a ellos, y la democracia que Ud. defiende no tiene nada que

³⁹ C. Barbé, en “Más allá de la euforia”, *Che* n° 8 (17-2-61), sostiene que el triunfo exige a la izquierda “una consolidada unión de los sectores populares, de manera especial en el ámbito gremial. Critica a quienes piensan construir un frente teniendo como única coincidencia el apoyo a Cuba: “debe estarse prevenido contra esa proclividad a traspasar declamatoriamente sus problemas a otros campos, que caracteriza a la izquierda liberal, sin encarar en forma consecuente esas mismas postulaciones en su propia casa. Y en ese sentido Cuba es el ejemplo candente de que los movimientos de liberación sólo pueden ser tales si tienen fundamentalmente en mira la idiosincrasia propia del terreno en que se mueven”.

⁴⁰ “El 5 bajo la lupa. Entrevista a E. Giúdice”, *Che* n° 8 (17-2-61). Giúdice explica que la concepción comunista sobre el “frente” requiere incluir a “sectores de la burguesía nacional”. Por esa razón el PC, además de apoyar a Palacios para senador, para diputado había votado al candidato del Movimiento Popular Argentino porque ese partido expresaba a “sectores de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional”. Luego, mediante la carta que tituló “Enmendando la plana”, publicada en la Sección “Cartas de los Lectores”, Giúdice se quejaba del poco espacio que la revista dio a sus anteriores declaraciones, en contraposición con el más amplio que siempre brinda a intelectuales “suelos”, *Che* n° 9 (9-3-61).

hacer con la de ellos”; Viñas remataba su nota recordándole a Palacios quiénes eran los que lo habían convertido en senador: “no lo olvide, Ud. no ha llegado a ser senador solo; no se quede solo”.⁴¹ .

De todas maneras, es evidente que en la revista predominaba el entusiasmo que Pablo Giussani sintetizó en la frase “Argentina rumbo a la izquierda”. Desde esa perspectiva, el triunfo de Palacios no era equiparable a otros obtenidos por la “izquierda institucional” en el pasado; en esta elección, lo nuevo era que los “320.000 votos para la Revolución” daban dimensión latinoamericana a la política nacional y la encaminaban hacia la constitución de “dos bandos irreconciliables” y logrando que la derecha se sintiera “amenazada”. Llamativamente, desde una perspectiva similar, el diario *La Nación*, afirmaba que el triunfo del PSA “más que una sorpresa” era “una advertencia” ante el nacimiento del “fidelismo”, un “nuevo movimiento de masas” capaz de dar una salida “positiva” al voto en blanco.⁴²

Dentro de ese cuadro general, Giussani creía advertir en la dirigencia peronista una “vaga conciencia” de que se acercaba el momento de las grandes opciones: para truncar su acercamiento con la izquierda, la derecha estaba pronta a ofrecerle la legalidad bajo formas que implicarían su “integración al sistema”. Agregaba que, si los dirigentes peronistas optaban por ese camino yendo tras los “neoperonismos” o integrándose a un “frente socialcristiano”, correrían el riesgo de perder el apoyo de las masas que, en su opinión, se estaban deslizando hacia “otras direcciones políticas”, tal como había quedado demostrado en el voto de la Capital.⁴³

Un análisis del “frondizismo”

Respecto del gobierno, resulta interesante observar que más allá de la remanida y fácil acusación de “traición”, la revista se esforzaba por analizar la particular posición de Frondizi, evitando identificarlo sin más con la derecha; al respecto, resulta ilustrativo el seguimiento que se hace de la relación del Presidente con las FFAA y con el general Aramburu, y por otra parte, el interés con que se analiza el papel que Frondizi intenta desempeñar en América Latina, sobre todo como mediador entre Cuba y los EEUU.

En el plano estrictamente interno, *Che* anota que si bien el Presidente se venía beneficiando electoralmente con la proscripción del peronismo, al promediar su mandato, se estaba viendo forzado a dar ciertos pasos en orden a reestablecer el “pleno estado de derecho”. Frondizi, conciente de que su impopularidad podría traducirse en las urnas -en las presidenciales de 1964, y más cercanamente en

⁴¹ ídem nota 35.

⁴² En *La Nación* 7-2-61 y 10-2-61 se dice que el triunfo del “frente popular” o “fidelismo”, podría generar como reacción un “frente anticomunista”, y que si eso ocurriera, el país iría hacia una “lucha sin cuartel”.

⁴³ P. Giussani, “El fin del minué”, *Che* n° 9 (9-3-61).

las provinciales de 1961-62-, estaría buscando mejorar su imagen. Por ello, y para retener aunque se en parte del voto peronista, comenzaba a anunciar medidas tendientes a “normalizar” la CGT, derogar las más duras leyes represivas –el Plan Conintes-, y abrir gradualmente un espacio legal a los proscritos a través de los partidos “neoperonistas”. Según *Che*, aunque estos anuncios tuvieran una finalidad predominantemente demagógica y electoral, tendrían el efecto de redoblar el asedio militar a su gobierno. Previendo esa situación, Frondizi buscaría afanosamente el auxilio del general Aramburu: éste, que “se mantenía legalista” y conservaba influencia en la interna militar, sería el único capaz de contener al golpista general Toranzo Montero y, en consecuencia, un aliado indispensable para el Presidente.⁴⁴

En varias de sus notas, Pablo Giussani sostiene la existencia de un acuerdo estratégico entre Frondizi, Aramburu y Frigerio al que denomina “FAF”, utilizando las iniciales de los tres apellidos⁴⁵; la vigencia de la “línea FAF” se explicaría a partir del clima de alarma existente en los ambientes militares como efecto de la “guerra fría”, del giro izquierdista de la Revolución Cubana y de sus consecuencias sobre la política nacional. Después del triunfo socialista en la Capital y del crecimiento del Partido del Trabajo y el Progreso (PTP) -auspiciado por los comunistas- en las elecciones municipales de marzo de 1961 en Santa Fe⁴⁶, el gobierno y los militares estarían igualmente preocupados por el avance izquierdista. En ese contexto la “línea FAF” buscaría evitar simultáneamente el golpe militar y el crecimiento de la izquierda, alentando a los “neo peronismos” o “neo integracionismos”, con la esperanza de que fueran ellos quienes contuvieran al voto peronista.

Sin embargo, dentro de este esquema interpretativo fuertemente crítico hacia el Presidente, no deja de advertirse cierta dificultad en éste y otros columnistas a la hora de analizar algunos de los frecuentes conflictos que jalonaban la relación de Frondizi con las FFAA: pese a insistir en la existencia de objetivos compartidos, las notas toman debida cuenta de lo que denominan “intentos de autonomía” de Frondizi en relación con la política interamericana y respecto de su relación con el peronismo. La incomodidad de los redactores se aprecia cuando, al no poder criticar algunas iniciativas del gobierno, las presentan como producto del mero oportunismo electoral o recurren a expresiones que ridiculizan la figura presidencial. Así, cuando Frondizi comenzó a dar pasos orientados a la “normalización” de la CGT y a una paulatina legalización del peronismo, la revista –

⁴⁴ P. Giussani, “Aramburazo?”, *Che* n° 9 (9-3-61), y “Aramburu florentino”, en la Sección “Pequeña Historia”, *Che* n° 12 (20-4-61). Del “acuerdo” participaría Frigerio, quien pese a estar fuera del gobierno, conservaría gran influencia sobre él.

⁴⁵ P. Giussani, “Movilización, línea dura de la derecha?”, *Che* n° 14 (17-5-61).

⁴⁶ En las elecciones que se habían realizado en Santa Fe, en marzo de 1961, el Partido del Trabajo y el Progreso –uno de los “partidos amigos” del PC- había obtenido el segundo lugar en la estratégica ciudad de Rosario, ubicándose detrás de la UCRI.

que no podía oponerse a esas medidas- lo subestimaba diciendo que los daba porque las FFAA “lo autorizaban”. Algo similar se observa en los comentarios referidos a la negativa de la delegación argentina a votar sanciones a Cuba -en la Conferencia de Punta del Este-, y a la inesperada entrevista entre Frondizi y Ernesto Guevara, en Buenos Aires.⁴⁷

En su exaltada visión de la política nacional, *Che* admitía sólo dos alternativas: la legalización “plena” del peronismo o el “derrumbe de la legalidad”, aunque sabía que dadas las relaciones de fuerza existentes, concretar la primera podría llevar a la segunda, es decir al golpe de estado. Por su parte, Frondizi, que también lo sabía, intentaba una suerte de “tercera vía”: ni cumplía plenamente con sus promesas electorales, ni obedecía dócilmente a las FFAA. Ese camino, que era despreciado por *Che*, ofrecía ciertas ventajas al peronismo, y por ello, el Presidente encontraría eco en una parte considerable de sus dirigentes. Efectivamente, como pronto se vería, la política electoral de Frondizi lograría dificultar los planes de quienes esperaban una pronta evolución del peronismo hacia la izquierda.

“Todo tiende a partirse”

Desde la perspectiva de *Che*, las fuerzas populares estaban entrando en un período de definiciones, como consecuencia del agotamiento de las condiciones que, en etapas anteriores, habían permitido intentos de política popular dentro de un marco de “conciliación con el orden vigente”. A partir de ahora, cuando la derecha se asustaba ante los signos de izquierdización de la sociedad, en los partidos de izquierda comenzaría a hacerse difícil la convivencia entre quienes pensaban al socialismo como “docencia hacia las masas” y aquellos otros que, junto a ellas, buscaban construir un partido que las llevara al poder.

Dentro del PSA, Elisa Rando -dirigente porteña y miembro del Comité Nacional-afirmaba que la “avalancha roja” de la Capital había mostrado que en el país existía una mayoría “antiimperialista, antioligárquica, proletaria y revolucionaria”, y que el Socialismo había podido expresarla recién después de haberse desprendido del “reformismo” y haber adoptado la línea del “Frente Obrero”; en la misma línea, agregaba que la elección de febrero había sido “el puntapié histórico de los trabajadores al PSD”.⁴⁸ Pese a esta afirmación de Rando, las fronteras entre una y otra concepción acerca del socialismo y sus tareas no coincidían tan exactamente con las de los dos partidos escindidos en 1958. Tal como puede leerse en más de una nota de *Che* -sobre todo a partir de junio de 1961-, en el mismo PSA convivían un ala izquierda –

⁴⁷ P. Giussani, “Seis meses”, *Che* n° 22 (8-9-61).

⁴⁸ E. Rando, “Socialismo argentino y socialismo democrático”, *Che* n° 9 (9-3-61).

partidaria del “Frente Obrero”- y grupos y dirigentes de la “vieja escuela” que, como el mismo Palacios, estaban mucho menos dispuestos que las franjas juveniles a dar el salto que significaba la adopción de una estrategia revolucionaria y una política de unidad con peronistas y comunistas.

Según los testimonios recogidos, el distanciamiento entre Palacios y los jóvenes que habían impulsado su candidatura, comenzó bastante rápidamente ya que el flamante senador, además de espaciar y suavizar sus referencias a Cuba revolucionaria, eludía ser identificado públicamente con ellos. Aunque la revista mantuvo silencio sobre esta situación, de manera inversa a lo que había hecho durante la campaña electoral, no dio espacio a Palacios en sus páginas. La ruptura estalló a mediados de ese mismo año 1961, cuando al renovarse las autoridades partidarias en el PSA, la izquierda obtuvo la mayor parte de los cargos del Comité Nacional, y convirtió en minoría a los hombres del sector moderado, una de cuyas figuras era precisamente Palacios. Entonces, en medio de confusos episodios, la ex – mayoría desconoció los resultados y el PSA quedó dividido en dos “Secretarías” -Secretaría Visconti y Secretaría Tieffenberg, futuro PSA de Vanguardia.

Cuando quedó claro que Palacios daba su apoyo a la primera, *Che* descargó con toda dureza sus críticas hacia él; apenas habían transcurrido cuatro meses desde la euforia de febrero cuando se publicó la “carta abierta” en la que Latendorf, refiriéndose a Palacios, afirmaba: “el mito se rompió”. Según el joven dirigente, la actitud del senador dejaba al descubierto que su discurso antiimperialista sólo había sido un barniz, y que ya nada lo diferenciaba de los “liberales y reformistas” que, dentro del PSA, se oponían a la formación del “Frente Obrero”. En una página que exudaba dolor y desengaño, pero que no renunciaba al tono desafiante, Latendorf afirmaba que era “casi un alivio haber perdido a todos los viejos maestros” y poder reconocerse sólo en “otros jóvenes” que -como Fidel, Raúl y Guevara-, eran sus “iguales”; y, en el tono juvenilista que impregna toda la revista, remataba diciendo: “a ellos no necesitamos llamarlos ‘doctor’, simplemente les decimos ‘che’ “. ⁴⁹

Por entonces, el grupo socialista de la revista trabajaba en el proceso que desembocaría en la constitución del Partido Socialista Argentino de Vanguardia. Durante ese período *Che* potenció su discurso radical e incrementó notablemente las notas referidas a Cuba. Esta segunda instalación de la cuestión cubana se había iniciado en el nº 12, de abril de 1961, cuando el desembarco en Bahía Cochinos dio comienzo a la invasión militar patrocinada por el gobierno de los EEUU. Crónicas, entrevistas, proclamas del gobierno cubano, y una verdadera profusión de fotos del Ejército Rebelde y

⁴⁹ P. Giussani, “Don”, y A. Latendorf, “Me despido de Ud. muy atentamente, Dr. Palacios”, *Che* nº 15, 2-6-61. La tapa de este número presenta una foto de Palacios, tomado de espaldas, como quien se retira o aleja de quienes lo están fotografiando.

de las Milicias Populares, llenaron entonces las páginas de la revista.⁵⁰ Entre las notas más destacadas pueden señalarse las remitidas desde La Habana por Juan Carlos Portantiero, la columna firmada por el sacerdote Hernán Benítez y la extensa cobertura de la Conferencia del Comité Interamericano Económico y Social (CIAS) realizado en Punta del Este, centrada en las intervenciones de Ernesto Guevara y en la crítica a la “Alianza para el Progreso”.⁵¹

Más allá de la cerrada defensa del proceso cubano y de la euforia ante la “primera derrota del imperialismo yanqui en América Latina”, en esas notas van adquiriendo presencia más nítida algunos temas de singular importancia para los debates que comenzaban a desarrollarse en el campo de la izquierda, tales como el de las “vías” para acceder al poder, el “carácter” y las “etapas” de la revolución en países periféricos, y las posibilidades y límites de los mecanismos de la democracia “formal”. Así, en “Qué es Cuba socialista”, Portantiero encuentra la manera de resolver la discusión sobre las “etapas” sin separarse abiertamente de la doctrina oficial del PC; sostuvo allí que en la isla se había verificado el cumplimiento de las dos etapas, sólo que de manera “acelerada”: “hay una Cuba de la liberación en 1959; otra de la reforma agraria en 1960; y una Cuba más: una Cuba socialista que define su rostro en el contraataque a la invasión”. En el mismo sentido opera la intervención de Raúl Castro cuando afirma que si bien nunca habían querido “media revolución”, tampoco habían calculado que la completarían “en tan poco tiempo”, para luego resaltar que “con la reforma agraria cruzamos el Rubicón”.⁵² Poco más adelante, al ser entrevistado por *Che*, John W. Cooke volverá sobre el tema al sostener, a tono con Guevara, que “la liberación nacional y la revolución social son la misma cosa”, adelantando así su crítica a la política “reformista” y “etapista” del PC -que luego sería desarrollaría en un informe elaborado para Fidel Castro.⁵³

4- Hacia el fin

Paralelamente a este desarrollo del tema cubano -“la coincidencia más fácil”, según los testimonios-, socialistas y comunistas encontraban crecientes dificultades para hallar acuerdos en los

⁵⁰ Lo dicho puede apreciarse en notas como la de J. C. Portantiero, “Qué es Cuba socialista?”, *Che* n° 18 (13-7-61), la de H. Benítez, “Definición católica sobre Cuba”, *Che* n° 19 (27-7-61). El sacerdote Hernán Benítez, que había sido confesor de Eva Perón, estaba vinculado con los sectores peronistas de la “línea dura”.

⁵¹ *Che* n° 20 (11-8-61); n° 21 (25-8-61), y n° 22 (8-9-61).

⁵² J. C. Portantiero, “Detenerse es retroceder. Con el Che y Raúl en Santiago de Cuba”, *Che* n° 19 (27-7-61).

⁵³ “Reportaje a J. W. Cooke”, *Che* n° 22 (8-9-61). En el informe que Cooke elaboraría para Fidel Castro, además de criticar al PC, se refiere con dureza a los sectores del peronismo que “no comprenden que los procedimientos de 1945 tampoco sirven ahora para nosotros”. El documento, que se titula “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”, fue publicado en nuestro recién una década después, en la revista *Pasado y Presente* n° 2/3 (nueva serie), julio/ diciembre de 1973.

temas de política nacional, en particular los atinentes al complejo panorama de líneas internas que cruzaban al peronismo. Según relata Julia Constenla, los acuerdos se iban tornando más difíciles a medida que se acercaban las elecciones que se celebrarían en Santa Fe en diciembre de 1961. Cuando se insinuaron las primeras señales de una probable autorización del peronismo bajo alguna sigla “neoperonista”, comenzaron a alejarse las posibilidades de construir un frente con él, sobre todo cuando se supo que, además de concurrir, lo haría dividido. El proyecto de *Che* tocaría definitivamente sus límites cuando socialistas y comunistas se dispusieron a hacer opciones electorales diferentes.⁵⁴ De acuerdo con el relato de Constenla, la imposibilidad del grupo editor de mantener los acuerdos iniciales decidió a su director -Pablo Giussani- a programar un número especialmente “petardista”, especulando con que una probable clausura los eximiría de exponer públicamente las diferencias que estaban volviendo inviable a la revista. Así, en el n° 27, de noviembre de 1961, se publicó una crónica “belicosa” del paro decretado por la CGT –en solidaridad con la larga huelga ferroviaria- y se hicieron graves acusaciones al gobierno por la violenta represión desatada. El contenido de este número, en particular el artículo titulado “Ya no puede haber huelgas lampiñas”, efectivamente precipitó la clausura por orden del Ministerio del Interior⁵⁵, al tiempo que el PC decidía retirar su apoyo económico.

A lo largo de un año, los socialistas y comunistas que hicieron *Che*, no sólo dieron vida a un proyecto editorial y político novedoso, sino que además transitaron aceleradamente el camino que los conduciría al definitivo distanciamiento de los respectivos partidos.⁵⁶ En un caso, la vertiginosidad de

⁵⁴ J. Constenla y E. Rando (entrevistas citadas) refieren que la posición a asumir frente al peronismo generaba diferencias entre los mismos socialistas: algunos pensaban en un “trabajo en común”, otros creían que había que “integrarse” con él – e incluso votar por sus candidatos, tal como ocurriría en Santa Fe.

⁵⁵ *Che* n° 27 (17-11-61). El artículo, firmado por Julia Constenla, “Se acabaron las huelgas lampiñas”, reseñaba el paro general de 72 horas, realizado por la CGT los días 7, 8 y 9 de noviembre de 1961. En él describe el accionar represivo y los enfrentamientos producidos en Tucumán, Rosario y Mendoza así como el despliegue de tropas militares dispuesto para custodiar los accesos a la Capital Federal y al empleo de la aviación para dispersar a los manifestantes en Tucumán. También destacaba que muchos huelguistas habían sido detenidos, que algunos permanecían recluidos en barcos y que numerosos dirigentes políticos habían sido encarcelados, entre ellos algunas mujeres: Elisa Rando, -del PSA-, Alcira de la Peña -del PC-, y Emilia Aruy –del Consejo Coordinador del Partido Peronista. La revista se congratula por los rasgos de “belicosidad” que exhibió la huelga: “Se acabaron los paros chirles y silenciosos, largos, secos y temblones. Las huelgas son modos de dar batallas. Ahora a las huelgas les despunta el bozo. Puede convertirse en barba. Tal vez sea necesario”.

⁵⁶ *Che* conoció una breve segunda época, a cargo exclusivamente de los “socialistas de vanguardia” y con características notablemente diferentes a las de la primera etapa. Se editaron unos pocos números que circularon de manera clandestina entre mayo y junio de 1962. Algunos títulos ilustran sobre el cambio producido en la revista: “Adiós a la urnas”, “No arriar las banderas del 17”. Por otra parte, la edición era más rudimentaria, los artículos aparecía sin firma, y sobre todo, no conservaba ninguna de las características propias de la etapa anterior: del comentario político vivaz y osado pasó a un lenguaje de tipo panfletario y abiertamente pro- peronista.

los episodios desarrollados en el socialismo argentino con posterioridad a la elección de Palacios, ilustra sobre el aceleramiento de los tiempos y sobre las urgencias políticas que dominaban la vida de ese partido. En el otro, la cerrazón ideológica de la dirección comunista, no logró impedir la lenta pero persistente sangría de militantes y la considerable merma de su prestigio en el campo de la izquierda. El ciclo de divisiones vivido en ambos partidos, así como el destino efímero de las primeras experiencias de la “nueva izquierda”, pueden ser vistos como fruto de la impaciencia de la militancia joven ante la resistencia de los partidos a renovarse. Pero también como consecuencia de las dificultades que entrañaba la articulación de socialismo y peronismo en un mismo movimiento revolucionario. Recorriendo las páginas de *Che* no puede dejar de advertirse que muchos de las cuestiones allí planteadas tienen más de un punto de contacto con las que, en los años siguientes, signarían la trayectoria de la izquierda y el peronismo revolucionarios.